



A0605

ENTREVISTAS

José María Aznar

ENTREVISTA AL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, POR VICTORIA PREGO PARA EL SUPLEMENTO DOMINICAL *BLANCO Y NEGRO*, DEL DIARIO *ABC*

17-01-99

AZNAR: "ES POSIBLE LA PAZ"

"El cese de la violencia no puede tener un precio, pero estoy convencido de que la sociedad sabrá dar una respuesta positiva"

"El liderazgo es para ejercerlo, no para mirarlo"

"Nunca he hecho algo, en el partido o en el Gobierno, por circunstancias personales. Jamás he pensado: "¿qué me conviene ahora"? Nunca. Eso sí, disfruto de tener una cierta capacidad de sorpresa. ¿Que si pienso darle al partido esa "sorpresa" en el último instante, antes del congreso? Bueno, más bien se la daré unos días antes"

"Uno de los momentos más tremendos que he vivido aquí fue el asesinato de Miguel Ángel Blanco. Yo ya sabía lo que iba a pasar... Conviví dos días con mi soledad, sabiendo que iba a ser asesinado. Lo supe desde el primer momento. Eso le toca al Presidente del Gobierno, él tiene que soportar eso, y ha de superar esos momentos"

"Si me pregunta ¿a usted le repugna pensar que personas que hayan cometido asesinatos, en un proceso determinado, puedan beneficiarse de algunas medidas? Pues sí, me repugna. Pero la cuestión no es que me repugne o no. La cuestión es que las generaciones venideras de españoles puedan vivir en paz"

"Cuando se produjo la declaración del cese de la violencia, hubo un momento en el que mucha gente vio que podía producirse una avalancha de problemas políticos nuevos que no sabían bien cómo se podrían resolver. Vi reacciones curiosas de gentes que se sentían abrumadas. Yo a eso lo llamo carácter pusilánime, y eso no lo aguanto bien"

El encargo era el de hacer una entrevista personal al Presidente del Gobierno. "Personal, no política", me había dicho el director. Pero, puesto que no consta en los archivos más allá de un ejemplar y medio de semejantes características, llegué a La Moncloa con la casi certeza de que la tarea iba a resultar prácticamente imposible. José María Aznar es hombre de pocas palabras, eso está acreditado, y no digamos ya si la palabra ha de ser un poco íntima. De todos modos, algo me proporcionaba una cierta esperanza: veinticuatro horas antes se habían publicado unos sondeos que daban al Partido Popular casi siete puntos de diferencia respecto del PSOE en intención de voto. Supuse entonces que iba a encontrarme frente a un Presidente exultante. Me equivoqué en todo: durante casi dos horas, contestó cómodamente a todas mis preguntas, recogió mis frecuentes interrupciones para precisar y, desde luego, los sondeos del día anterior le habían dejado más bien frío. Unas líneas más abajo están expuestas sus razones.

P.- Los últimos sondeos dan a su partido una ventaja de casi siete puntos. Estará usted encantado, supongo.

Presidente.- Yo estas cosas me las tomo con mucha tranquilidad, no crea. Lo que sucede es que la apuesta política que se hizo hace dos años por un cambio razonable está dando resultado y eso es lo que reflejan las encuestas. Pero nunca me las he tomado como algo determinante, ni a favor ni en contra...

P.- Al PP le ha costado mucho despegar y la explicación habitual que se ha dado siempre era que la imagen del Presidente del Gobierno no tiraba. ¿No le preocupó nunca eso?

Presidente.- Mire, voy a cumplir veinte años en la política, diez de ellos como presidente de mi partido. Que se mire el partido hace diez años y que se mire el partido ahora. No puedo decir otra cosa. Pero lo que es la cuestión de imagen personal es que no me interesa, no le dedico mi tiempo. Me interesa que las cosas en las que creo salgan adelante, que el país progrese, que aproveche sus oportunidades. Eso me interesa.

P.- ¿Usted no necesita que los españoles le quieran? ¿Le basta con que le voten?

Presidente.- Hombre, siempre necesitas calor. Pero, ¿de qué le valdría al país que yo fuese un personaje muy querido si el Gobierno funcionase mal o si España no cumpliera sus objetivos? Ahora tiene una prueba muy evidente, con lo del Euro. El Euro es el acontecimiento más importante de Europa desde la fundación de la Unión Europea. ¿Cuál es la diferencia? Entonces no estábamos y ahora estamos. Me importa mucho más eso, las oportunidades para mi país, que no cuatro o cinco décimas en un sondeo de opinión. Hay políticos con poco fundamento que dedican mucho tiempo a la imagen, yo conozco a algunos, y hay políticos con fundamento que le dedicamos poco tiempo, y conozco a otros.

P.- De manera que el que ahora esté el primero en la valoración de los ciudadanos le importa un pito.

Presidente.- No, no le doy gran importancia a eso, nunca se la he dado, francamente, de verdad. Yo estoy muy tranquilo y muy fuerte a comienzos de año, y esos datos me corroboran que estoy en el buen camino, en la buena dirección, y eso es para mí lo más importante.

La virtud de la paciencia

P.- También es verdad que en las elecciones del año 1996 los datos concedían al PP una victoria arrolladora y aquello fue un tremendo chasco para usted, supongo.

Presidente.- Bueno, pasaron algunas cosas. Cuando, desde mucho tiempo antes de las elecciones, todo el mundo te da por ganador - -la opinión pública en general, los medios de comunicación, etcétera--, te sitúas en un terreno muy peligroso, porque todo el mundo considera que vas a ser el próximo, pero realmente no puedes ejercer como tal durante ese año y medio o dos. Ése es un período muy difícil donde lo más importante es no cometer errores y tampoco hacer grandes cosas. En ese tiempo no es cuestión tanto de tener iniciativa como de tener la paciencia de que el tiempo vaya pasando hasta que llegue definitivamente la hora. Son períodos muy difíciles de manejar.

En las elecciones pasadas eso ocurrió. Y luego, evidentemente, las cosas fueron mucho más ajustadas, más equilibradas. Ese día en concreto, y como suele ocurrir en esos momentos, de todos los que estábamos allí, yo era el más tranquilo. A mí me dijeron como a las nueve y media de la noche: "Ganaremos por punto y medio". Y dije: "Pues esto habrá que administrarlo", y es en lo que empecé a pensar inmediatamente. Hubo gente que dijo que cuando, yo salí al balcón de la calle Génova, tenía mala cara. ¡Lo que tenía era un frío espantoso! Lo que pasa es que yo notaba cierta decepción a mi alrededor.

P.- No me diga que usted no se decepcionó lo mismo que los demás, que no tuvo un sentimiento de frustración, de pensar "tanto esfuerzo para tan poco resultado".

Presidente.- No, no, no. No sufrí una decepción, porque yo sabía que era mucho más importante la oportunidad que se abría que el hecho de la magnitud de la victoria, y eso se ha demostrado. Sinceramente, no sufrí una decepción. Sí la sufrió mucha gente a mi alrededor, y eso se notó en los primeros meses de legislatura y de Gobierno.

P.- A mí me pareció que a su mujer, Ana Botella, estaban a punto de saltársele las lágrimas y que hizo un esfuerzo enorme por guardar la compostura.

Presidente.- NO, no, ella estuvo muy serena toda la noche. Había gente que a las siete y ocho de la tarde nos daba ya la enhorabuena y yo a todo el mundo le decía: "Tranquilos, que todavía hay que contar las papeletas". Hasta que no se abren las urnas, nunca sabes lo que va a pasar. Y, si no, que se lo pregunten a los franceses. Pero es verdad que había un ambiente en que se esperaba mucho más de lo que salió. De todos modos, yo nunca he tenido las cosas fáciles, ¿sabe? Pero estoy acostumbrado a eso.

Un hombre con suerte

P.- Tampoco muy difíciles, ¿no?

Presidente.- No, no, si yo me considero una persona con suerte y con éxito. A los veintitrés años tenía resuelta mi vida, a los veinticuatro estaba casado y llevo, como le digo, prácticamente desde los veinticinco en política, después de dos años y medio como presidente de una Comunidad Autónoma, diez como presidente de un partido, y dos y medio, también, como Presidente del Gobierno. Lo que le quiero decir es que las cosas cuestan trabajo, que no salen porque sí. Yo soy muy disciplinado y me gusta mucho el trabajo. No considero el trabajo una desgracia, no me jubilaré nunca. Seguiré trabajando hasta el día en que me muera, cosa que espero que esté muy lejos, por cierto.

P.- ¿A usted no le gustaría, por ejemplo, estarse toda una tarde sin hacer nada? ¿No le fascina la idea de sentarse a ver pasar las horas?

Presidente.- No, no, al contrario. Yo tengo un problema, y es que siento que las horas se me escapan. Aquí, sobre todo, las horas se te escapan, no las ves pasar. Yo llevo desde hace mucho tiempo ya, como decía no sé quien, "siendo huésped del tiempo" y los "huéspedes del tiempo" no podemos ver pasar las horas, tenemos que aprovecharlas todas.

P.- Pero si usted es muy joven...

Presidente.- Muy joven, pero aquí todo va demasiado deprisa, y es en ese sentido en el que le digo que el tiempo se me escapa. Por eso quiero aprovechar cada minuto. Muchas veces lo que echas de menos es no haber tenido más tiempo para aprovechar más cosas. Me gustaría haber leído más, haber viajado más o haber estudiado más.

P.- ¿Y haber disfrutado más?

Presidente.- Yo he disfrutado mucho. Disfruto de mi trabajo, disfruto de mi familia, disfruto en general de las cosas. Aquí se pasan ratos muy malos y ratos muy buenos, aunque probablemente la gente piense que esto es una emoción constante. Se equivocan.

P.- ¿Cómo es esto?

Presidente.- Es un trabajo difícil.

Cara a cara con la soledad

P.- Un día dijo usted, hablando de su cargo: "El aprendizaje de la soledad resulta angustioso pero inaplazable". ¿Cómo es este proceso de aprendizaje?

Presidente.- Pues no es de las cosas que me hayan costado más esfuerzo. Siempre tienes que estar preparado para afrontar los momentos de soledad. Y, luego, hay cuestiones íntimas, insustituibles, intransferibles, y esas las sustancias con tu soledad. Hablas con ella, te encaras con ella; la ves unas veces con cara agradable, otras veces con cara gris, pero tienes que seguir adelante. Aquí (cuando José María Aznar dice "esto" o "aquí", se

refiere a su cargo de Presidente de Gobierno y a todo lo que ello supone) eso es especialmente cierto, sobre todo porque las circunstancias la hacen particularmente difícil. Esto no es una queja, ¿eh?, que yo siempre digo que este oficio es voluntario. Pero también depende mucho, Victoria, de los caracteres.

Si eres sumamente impresionable, o eres ciclotímico y tienes momentos de euforia y momentos de depresión, pues todo es mucho más difícil. Pero yo no tengo ese carácter. Siempre cuento que una de las cosas que tengo en mi despacho es el "If" de Kipling, esos versos que dicen: "Si guardas en tu puesto la cabeza tranquila cuando todo a tu lado es cabeza perdida/ si tienes en ti mismo una fe que te niegan y nunca desprecias las dudas que ellos tengan", etcétera. Dice también: "Si tropiezas con triunfos, si conoces la derrota / y a lo dos impostores los tratas de igual forma...". Es decir, a todas las cosas pon distancia.

P.- ¿No es usted vehemente?

Presidente.- No.

P.- ¿Nunca pierde los papeles? Alguien le habrá visto perder los papeles alguna vez...

Presidente.- No los suelo perder, no los pierdo. Alguien me decía que siempre que yo gritaba, era cuando no tenía razón. Y es posible. Así que me he acostumbrado a no gritar.

Miguel Ángel Blanco

P.- ¿Y tampoco se angustia? Estoy hablando del ejercicio político.

Presidente.- Sí, te angustias. Lo que pasa es que tiene que prevalecer siempre el sentido de lo que está haciendo y el sentido de la responsabilidad. Un gobernante nunca se puede dejar vencer por la angustia ni por la presión. Uno de los momentos más tremendos que yo he vivido aquí fue el asesinato de Miguel Ángel Blanco. Yo ya sabía lo que iba a pasar... Conviví dos días con mi soledad sabiendo que iba a ser asesinado, lo supe desde el primer momento. Eso le toca al Presidente del Gobierno, él tiene que soportar eso. Lo que le es exigible es que también sepa superar esos momentos, que no se deje vencer por esa angustia, que no haga nada que no deba hacer. Ésa es la obligación.

P.- ¿Y eso cómo se hace?

Presidente.- Haciéndolo. Tienes que tener una gran fuerza mental y saber lo que es mejor y lo que es peor en un momento determinado. Sobre todo, tienes que tener presente por encima de todo lo que son las necesidades de tu país, lo que es tu responsabilidad, tus obligaciones.

P.- ¿Todo eso se lo repetía a sí mismo mientras estaba angustiado?

Presidente.- Naturalmente: "¿Qué es lo que puedo hacer yo y qué es lo que no puedo hacer?" Ésa es la tarea dura de un gobernante en los momentos límite, y aquél era un momento límite. Luego, normalmente, en la vida política cotidiana de Gobierno es otra cosa, no tienes que elegir entre opciones felices o infelices, sino entre opciones mejores y peores, o malas y menos malas. Y que en la balanza prevalezca la razón, la justicia, lo positivo.

P.- ¿Cuál es su proceso mental al tomar decisiones?

Presidente.- Analizo las cosas. Cojo papel y lápiz, y anoto pros y contras. Tengo unos cuadernos de tapas azules donde apunto las cosas que tengo que resolver. Apunto todas las posibilidades que hay y decido en función de esa reflexión. Dedico bastante tiempo a eso; probablemente, es la tarea a la que haya que dedicar más tiempo.

P.- Parece hombre de carácter templado. ¿Cómo se relaciona con los débiles de carácter, con los pusilánimes?

Presidente.- Le voy a contar una cosa. Cuando se produjo la declaración de cese de la violencia, hubo un momento en el que mucha gente vio que podía producirse una

avalancha de problemas políticos nuevos que no sabían muy bien cómo se podrían resolver. Entonces vi reacciones muy curiosas de personas que se sentían realmente muy abrumadas. Yo a eso lo llamo carácter pusilánime. El pusilánime es aquel que está en la batalla y no tiene el coraje de ganarla. Yo eso no lo aguanto bien. Lo que pasa es que la tarea no es zaherir al pusilánime, sino ayudarlo. El pusilánime tiene que ver la capacidad de liderazgo, la capacidad de decisión, la fortaleza. No a todo el mundo se le tienen por qué pedir las mismas reacciones del que está en la cúspide, lo que se le tiene que pedir es, dónde está, el apoyo necesario a la tarea de liderazgo que tiene que realizar el que está en la cúspide. Sobre todo en momentos delicados. Pero al pusilánime yo lo aguanto mal.

P.- ¿Y a los charlatanes?

Presidente.- Nunca los he soportado.

P.- ¿Por qué tiene usted tanto amor al silencio?

Presidente.- El silencio es un buen compañero. Mi mujer a veces se queja de eso, pero en fin... Con el silencio puedes tratar, puedes hablar, puedes comprenderle. El silencio es el compañero del entendimiento. Donde hay algarabía, donde hay charlatanería, hay poco entendimiento, poca razón, poco juicio. A mí el charlantán indiscreto y el gracioso oficial no me hacen ninguna gracia.

La política del silencio

P.- Pero el silencio produce muchas veces una sensación de lejanía afectiva, de frialdad.

Presidente.- No. Lo importante, sobre todo con la gente de tu alrededor, es que tenga la certeza y la seguridad de que existe una relación. Y eso no es una cuestión de palabras, es una cuestión de certezas que va más allá de las palabras. Para mostrar si yo estoy contento, no hace falta que me ponga a dar grandes saltos; basta una palabra, un gesto. Eso no es lejanía. Yo no creo que el sentimiento o el corazón tenga que estar aparejado siempre y necesariamente a la palabra. Hace unos meses, en una reunión de poetas, entre los cuales estaba José Hierro, creo que era él el que decía que la poesía estaba hecha para ser leída en alto y yo decía que no, que la poesía está hecha para ser leída en silencio.

P.- Los silenciosos obligan a los demás a tener que descifrarles.

Presidente.- Pues no es mala política. Pero también hay ahí un cierto recato personal. No tiene uno por qué ir abriendo sus puertas permanentemente a todo el mundo.

P.- Hablando estrictamente de política, el silencio es poder, ¿verdad?

Presidente.- El silencio es poder, sí. Y la palabra es poder también.

P.- Estoy pensando en el próximo congreso de su partido, que los tiene usted a todos en un "¡ay!", porque nadie sabe quienes son los elegidos.

Presidente.- Le voy a decir una cosa: yo jamás he hecho algo, en el partido o en el Gobierno, por circunstancias personales. Nunca he pensado: "¿Qué me conviene?", nunca. A partir de eso, yo tengo la obligación, no sólo de pensar qué decisiones debo tomar, sino cómo debo administrar el tiempo de esa decisión, y procuro administrarlo. Ahora, si me dice: "Disfruta usted de tener cierta capacidad de sorpresa?". Pues sí, disfruto.

P.- Así que está encantado de verles a todos la cara de agonía. Pero estas cosas, ¿las piensa usted solo, las decide usted solo y las guarda para su chaleco?

Presidente.- Bueno, pregunto cosas, me gusta escuchar las opiniones ajenas; pero el cuadro completo lo tengo yo y nadie más que yo.

P.- ¿Y no le da miedo equivocarse en algo por no haberlo contrastado?

Presidente.- El día que tenga miedo a equivocarme, lo preguntaré.

P.- Veo que piensa darles la "sorpresa" en el último instante.

Presidente.- Se la daré unos días antes.

P.- ¿Por qué hace usted ahora este congreso con tanta novedad "centrista-reformista"?

Presidente.- Por varias razones. Porque creo que es absolutamente necesario para la democracia española que haya un partido como el nuestro, anclado en una posición política centrada, moderada, reformista, y que sea la base de lo que pueda ser una tarea de gobierno que arranque el siglo en España. Eso tiene que servir para dar un impulso a la democracia española, a nuestro país. Si me permite la expresión, entre comillas, "para continuar la historia de España" mejorándola. El secreto está en decir: "Oiga, ¿qué queremos de España, ahora que cierra este siglo como no lo hemos cerrado en mucho tiempo, gracias al esfuerzo de todos? ¿Cuáles son nuestras ambiciones? ¿Somos capaces o no somos capaces?".

Una de las cosas que se han demostrado en estos años es la capacidad de los españoles, y eso a mí me llena de optimismo y yo estoy absolutamente convencido de que España tiene capacidad para marcarse nuevas ambiciones. Por ejemplo, ser una de las naciones más importantes de Europa. Lo podemos ser y yo estoy convencido de que lo vamos a ser. O, por ejemplo, dar un salto muy importante en términos de prosperidad, de la renta personal, etcétera. ¿Podemos aspirar razonablemente a ser una de las naciones más pujantes, de las más vitales, de las más activas en todos los sentidos? Yo estoy convencido de que sí.

P.- Pero eso no depende sólo de su partido, depende de todos.

Presidente.- Sí, pero mi partido es una pieza. Yo digo: "Oiga, que yo tengo muchas responsabilidades. Una es la tarea de gobierno, pero otra es la de dirigir el país hacia unos objetivos, y luego poner unos instrumentos a su servicio. Y hay un instrumento básico democrático, que es el partido". Muy bien, pues aquí está, puede usted confiar en esto.

P.- Pero ¿los ciudadanos van a percibir algo distinto, algo nuevo, de ese partido suyo reformado?

Presidente.- Percibirán nuevas políticas y percibirán personas con las cuales puedan identificar esas políticas. Percibirán cercanías, percibirán nuevas actitudes, nuevos lenguajes, nuevos modos. Percibirán todas esas cosas. Pero eso forma parte de un proceso de identificación. A mí lo que me importa más es el fondo de todo eso, que es el proyecto.

P.- ¿Qué pretende resolver o qué quiere evitar con su silencio?

Presidente.- Cualquier tipo de precipitación, cualquiera. Además, me gusta observar los comportamientos de unos y otros, ver cómo se reacciona. Eso te da ciertos elementos adicionales de reflexión.

Un partido reforzado

P.- ¿Y eso no convierte a su partido en excesivamente piramidal, excesivamente dependiente de su mano?

Presidente.- No, porque el partido saldrá muy reforzado del congreso. Yo no quiero un partido que languidezca, sino un partido mucho más revitalizado. Por eso, entre otras cosas, hago esta operación. Pero todo esto es una cuestión de administración interna. Yo, sinceramente, no creo en los hiperliderazgos, me basta con el liderazgo. Pero, claro, el liderazgo está para ejercerlo, no para mirarlo, no para sobarlo. Sé que existe el riesgo de esa interpretación, pero yo asumo el riesgo de no poner las cartas encima de la mesa hasta que haya llegado el momento de hacerlo y, por tanto, asumo también el riesgo de que se diga: hay un hiperliderazgo, hay una decisión en solitario, etcétera. Pero es que, a lo mejor, ésa es una de las tareas del liderazgo.

P.- ¿Es usted desconfiado?

Presidente.- ¿Desconfiado? Soy prudente. Los silenciosos, que somos observadores, no tenemos por qué ser exactamente desconfiados, porque la observación nos da

suficientes elementos de juicio para ser prudentes, para ser cautelosos. Y ojo que el prudente y el cauteloso es, probablemente, de las personas que mayores riesgos asume cuando es necesario, ¿eh? La diferencia entre la desconfianza y la osadía es justamente la prudencia. Pero la prudencia consiste en asumir muchos riesgos.

P.- Es que no acabo de entender por qué se calla, por qué no ha explicado a su gente cómo van a ser las cosas y quiénes van a estar al frente de ellas.

Presidente.- Porqueee... Ya lo entenderá.

P.- Dice usted que tiene viejos amigos de toda la vida. ¿Y nuevos?

Presidente.- Nuevos también, amigos de tiempos recientes, aunque la llegada al Gobierno ha marcado un punto de referencia muy claro. Pero sé muy bien distinguir entre lo que es amistad y lo que viene al calor del éxito. Eso es muy difícil de explicar, pero probablemente tiene que ver con la autenticidad. Aquí conoces nueva gente y todo depende de dónde pongas el concepto de amistad. Yo tengo amigos muy queridos, por supuesto, pero es un número reducido. Sin embargo, he conocido muchas personas de extraordinaria valía a las que también considero amigas mías, lo cual no quiere decir que les abra mi corazón permanentemente, ¿no?

P.- Usted sufrió un atentado de ETA y hoy no está muerto, con perdón, de puro milagro, pero dice que se ha olvidado de eso. Hombre, de una cosa así no hay quien se olvide... Dígame de verdad qué efecto le produjo aquello.

Presidente.- Vamos a ver, Victoria, yo tengo asumida la responsabilidad que tengo. Hay que ser muy consciente de la responsabilidad que uno tiene y estoy dispuesto a pagar un tributo por eso. No quiere decir que te agrade pagar ese tributo, no, no. Pero, evidentemente, me puedo olvidar de lo mío. Ahora, de lo que no me olvido ni puedo olvidarme es de lo de los demás, porque me considero responsable de ellos y eso sí que es más importante. Es decir, yo me considero responsable de haber mantenido unas ideas, unos principios y una acción política que, por haber venido conmigo, por defenderlas conmigo, han costado la vida a otras personas. Eso no lo olvidaré jamás. Que a mí me pueda llevar la vida eso, bueno, pues mire usted, qué le vamos a hacer. Pero lo otro es una cosa que no olvidaré nunca. Nunca.

P.- ¿No se le doblaron las piernas por lo menos, no se echó usted a llorar cuando habló con su mujer?

Presidente.- Yo tuve en ese momento tres reacciones inmediatas. Una fue preguntar a los que estaban cerca cómo estaban y, al mismo tiempo, tocarme, tocarme por todo el cuerpo, a ver si estaba entero. La segunda, inmediatamente, fue pensar: "Tengo que ponerme en contacto con mi mujer", y la tercera fue decir: "Estoy bien, la gente lo tiene que saber". A mí me metieron en la clínica que había enfrente, que era una maternidad, me curaron unas heridas que tenía en la cara y al poco tiempo hice dos llamadas de teléfono, una a mi casa y otra al partido. Fíjate ahí lo que hay que decir, ¿no?: "Siéntate, estate tranquila, acabo de tener un atentado, pero estoy bien". Los niños probablemente lo pasaron mal y mi mujer también, pero yo intenté, sobre todo, tranquilizarlos. El esfuerzo que hice fue de normalidad, que es lo mejor que podía hacer en ese momento.

La huella del atentado

P.- ¿Le ha dejado huella?

Presidente.- No... Bueno, después de salir vivo probablemente te acercas a las cosas con más tranquilidad.

P.- ¿Cómo se siente una víctima de ETA iniciando contactos con una organización que ha intentado asesinarle?

Presidente.- Sobre todo, con un sentimiento, que es el deseo de que en España haya paz para siempre. Lo demás forma parte del oficio. Ahora, si a mí me dice: ¿A usted le repugna pensar que personas que hayan cometido asesinatos, en un proceso

determinado, puedan beneficiarse de algunas medidas? Pues sí, me repugna. Pero la cuestión no es que me repugne o no. La cuestión es que las generaciones de españoles que vienen puedan vivir en paz. Sinceramente, no hay sentimientos personales agradables. Por eso, lo que dicen las víctimas del terrorismo lo entiendo muy bien. Pero lo que yo siempre les digo a ellos es: "No olvidéis que yo soy una víctima también, y que siento la responsabilidad de que haya gente que no esté con nosotros en este momento". No la responsabilidad directa, no, es muy difícil explicarlo con esas palabras: no me siento responsable de que haya víctimas, pero sí que me pesa; evidentemente, no las puedes olvidar nunca. Eso sería moralmente despreciable y políticamente inaceptable.

P.- Vázquez Montalbán ha escrito en un periódico: "Borrell debería abrir bien los ojos ante la expectativa de que Aznar pase a la Historia como el pacificador de Euskadi..." ¿Usted ha pensado eso alguna vez?

Presidente.- Digamos que lo he pensado muchas menos veces que otros. Hay alguna gente que puede pensar: "Este señor puede colgarse la 'medalla de la paz'", para entendernos. Yo ya he dicho que no me deslumbran las medallas, de ningún tipo. Y, si la medalla de la paz se consigue, será para toda la sociedad española, para los de antes y para los de ahora; para todos. De lo que yo soy responsable es de haber mantenido una política durante estos años que creo que ha dado unos resultados positivos a la hora de llegar a esta situación. Lo que hace falta es que todos mantengamos una política que nos pueda permitir dar paso a la situación siguiente.

P.- ¿Pero usted se atreve a dar rienda suelta a la imaginación en este asunto?

Presidente.- Sí. Es posible un escenario de éxito. Pero lo más importante en esta tarea es saber lo que se tiene y lo que no se tiene que hacer. Ojo, es muy importante saber los objetivos que se quieren cumplir. Y, luego, evidentemente, lo que hace falta es intentar, con el apoyo de la sociedad, de la opinión pública, tener la iniciativa y llevar las cosas adelante.

La respuesta de la sociedad

P.- ¿Cuánta cantidad de energía dedica usted a esto?

Presidente.- Mucha. Estás pensando en ello permanentemente; pero, fíjese, yo siempre digo: "Lo peor que puede tener una persona que debe tomar responsabilidades es no saber qué tiene que hacer". Si sabes lo que tienes que hacer, si sabes los objetivos a cumplir, lo otro es más llevadero. No hay una plantilla para esto, claro, pero tú tienes que tener tu propia plantilla. Yo he procurado dejar las cosas claras: el cese de la violencia, el abandono definitivo del terrorismo, no está sujeto a condición, no puede estar sujeto a un precio. Dentro de eso siempre he estado convencido de que la sociedad será capaz de una respuesta positiva, siempre que haya confianza, siempre que los españoles no se sientan burlados, siempre que sepan que se les está diciendo la verdad.

P.- ¿Usted ha soñado con el final?

Presidente.- Sí, sí, claro que he soñado con eso, sí. Pero ahora no es cuestión de eso, sino de trabajar, porque existe una oportunidad que antes no existía.

P.- Usted ha dicho en alguna ocasión que la política tiene una capacidad arrasadora de la vida personal.

Presidente.- Sí, bueno, cualquier circunstancia puede arrasar una vida familiar; pero la vida política, que es la que yo conozco, desde luego que puede hacerlo. En mi caso, llevo defendiéndome de ese riesgo todos los días desde que estoy en la política. He tenido mucho cuidado de no sucumbir a eso.

P.- ¿Y respecto a los hijos, que son siempre el punto más frágil en esa situación de dedicación absoluta que es la actividad política?

Presidente.- Sí, es verdad. En mi caso, los dos mayores son unos chicos muy serios, muy equilibrados. A José María, por cierto, le gusta mucho la vida política, la sigue con mucha intensidad. Ana es una niña muy equilibrada, enormemente positiva, buena. Y Alonso aún es muy pequeño, pero por eso también es el más frágil. Yo procuro verlos todos los días. El vivir aquí tiene inconvenientes y ventajas; pero una de las ventajas es que, salvo que esté de viaje o que tenga una cosa oficial, normalmente yo siempre los veo todos los días un rato. A los tres. Creo que he logrado preservar mi vida familiar. Ellos saben lo que hago, lo ven todos los días y, por tanto, valoran también el esfuerzo que se hace.

P.- Su mujer, Ana Botella, es sin duda para usted muy importante. Yo me preguntaba qué sería usted, cómo sería si ella no estuviera a su lado.

Presidente.- Bueno, digamos que ésa, la de casarme con Ana, fue la decisión de mi vida. Y no me equivoqué.

P.- ¿Se sentiría seriamente mermado en su personalidad?

Presidente.- No, en mi personalidad, no, pero sentiría que me falta una parte muy importante de mi vida. Yo ya tenía mi propia personalidad cuando conocí a Ana; lo que ocurre es que tenía menos años y menos responsabilidades.

En compañía de Ana

P.- ¿Por qué le acompaña su mujer a todas partes?

Presidente.- Porque nos gusta estar juntos.

P.- ¿La necesita usted?

Presidente.- Sí.

P.- El beso de Baqueira. Es la primera vez que se le ve a usted dando un beso a su mujer en público. Se está echando usted al monte, ¿eh?

Presidente.- Hombre, es normal. Y oiga, que era un beso en la mejilla, que tampoco era... Pero que es lógico, yo me encuentro a mi mujer que baja de esquiar que no la había visto desde hace unas horas, y nos encontramos y le doy un beso. Pero eso es normal, ¿o no?

P.- Claro que es normal. Lo raro es que una persona como usted, con sus modales y su carácter, se permita esas licencias en público.

Presidente.- ¡Es que yo soy muy afectuoso! Hombre, no voy a estar repartiendo besos por todas partes, pero le aseguro que soy afectuoso. Y, desde luego, ni me ha molestado ni me ha parecido una intromisión que nos hicieran esa foto.

P.- ¿Qué es lo que quería tener en la vida?

Presidente.- Esto, lo que tengo.

P.- ¿Qué opina usted de sí mismo?

Presidente.- Soy un tipo razonable.

P.- ¿Sólo eso?

Presidente.- Sólo eso.

Victoria Prego